

# Introducción

JOSÉ MANUEL DEL PINO

Del 29 al 31 de agosto de 2011 se celebró en la sede de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y bajo mi dirección el curso titulado “America the Beautiful”: Estados Unidos en la cultura española contemporánea”. El propósito tras dicho curso partió de mi interés por explorar el modo y mecanismos de penetración del país americano en la producción cultural española de las últimas décadas. Afortunadamente, también los directivos académicos de la UIMP encontraron el tema lo suficientemente atractivo como para incluir la celebración del encuentro en la programación de verano del Palacio de la Magdalena en Santander.

La influencia estadounidense en España (y por extensión en toda Europa) no es un fenómeno nuevo, pero alcanza en la actualidad una relevancia ineludible. Para examinar esta cuestión invité a un grupo de especialistas en diferentes áreas, principalmente en el ámbito literario, artístico, y de medios audiovisuales y de comunicación. También me pareció oportuno pedir a algunos creadores que dieran su visión del tema desde una postura más personal. Uno de los criterios fundamentales de selección de los ponentes fue el que tuvieran un conocimiento directo de la cultura americana, ya fuese por residir, haber trabajado o

conocer con cierta profundidad el país, y que hubieran elaborado trabajos de investigación académica u obras de creación sobre el tema. Con la finalidad de ofrecer una perspectiva más amplia y variada, me pareció asimismo conveniente que en el grupo figuraran, junto a personas de reconocido prestigio profesional, investigadores más jóvenes.

El resultado del encuentro de tres días en la sede santanderina fue altamente satisfactorio, lo que me motivó a poner en marcha la publicación de la mayoría de las ponencias, más alguna otra que estaba planeada en un principio pero que por diversas circunstancias no se materializó en aquella fecha. Tengo que agradecer en este punto tanto a la Universidad Internacional Menéndez Pelayo como a Iberoamericana Editorial Vervuert su apoyo al proyecto; sin ellos este libro no habría salido a la calle. También agradezco a los participantes en el volumen las revisiones realizadas a sus ponencias originales para convertirlas en los artículos que siguen. En algunos casos, se ha mantenido un cierto tono de conferencia que de ningún modo va en detrimento de su rigor analítico y perspicacia crítica.



Los españoles y ciudadanos de países y regiones hispanohablantes que por diferentes circunstancias personales y profesionales entran en contacto —con mayor o menor grado de profundidad— con la vida americana parecen quedar marcados por este multifacético país de un modo singular. Parto de la afirmación de que la actitud del español, y supongo que la de muchos habitantes de otras regiones del globo, ante Estados Unidos se sustenta en una contradicción. Por un lado, Estados Unidos resulta un país extraño, una nación *sui generis* que no puede comprenderse adecuadamente desde parámetros conceptuales europeos. En contraste con las naciones del viejo continente, su extensión geográfica y diversidad social es enorme, teniendo algo de monumental y extraordinario. Es un país más nuevo que se consolida sobre una población venida prácticamente de todo el planeta, si bien es cierto que el núcleo de su constitución nacional es de origen europeo. Esa rareza parece estar en el centro del relato, casi siempre salpicado por sabrosas anécdotas, de los españoles que visitan Estados Unidos por

primera vez. Hay una sorpresa inicial —que a veces no se extingue con el paso del tiempo— sobre el modo particular en cómo son las cosas por aquí; ello abarca desde la comida y sus rituales hasta las relaciones interpersonales, pasando por el patriotismo —con su culto a la bandera—, el papel de la religión en la vida pública, las elecciones presidenciales, la relevancia social de los deportes, la afición a las armas de fuego, las leyes restrictivas sobre el consumo de alcohol y un largo etcétera. También asombra al viajero o residente temporal una realidad demográfica —sobre todo en algunas ciudades y zonas— sostenida sobre una variedad étnica, religiosa, cultural y hasta lingüística que hace estallar el modelo tradicional de nación-Estado europeo. Sin embargo, y a pesar de *lo raro* que pueda resultar Estados Unidos, hay algo que se siente familiar desde el momento en que uno pone el pie en el país. Esta paradoja, basada en la extrañeza y familiaridad, es lo que constatan casi todos los visitantes al entrar en contacto con la realidad americana y que en muchos casos se mantiene incluso tras largos periodos de residencia en el país.

Sobre esta aparente incongruencia se elaboran prácticamente todas las valoraciones de Estados Unidos que se han hecho desde el mundo hispánico. Dicha actitud permea las reflexiones más intelectuales y serias —cimentadas sobre datos sociológicos firmemente documentados—, así como los relatos sobre América, ya sean en forma de texto literario, producto artístico o narración personal. Esta aseveración se sustenta en los numerosos y variados estudios y memorias que exploran dicho fenómeno, en cuya enumeración y valoración no pretendo entrar. Si hubiera de hacer referencia a algún trabajo reciente mencionaría el volumen colectivo *Ventanas sobre el Atlántico: Estados Unidos-España en el postfranquismo 1975-2008*, en el que sus coordinadores, Carlos X. Ardavín y Jorge Marí, realizan un encomiable esfuerzo para mostrar, a través de su riguroso prólogo y de los artículos de los diferentes participantes, el papel del país americano en las diferentes áreas de producción cultural española. Abundando en la referencia marítima, no creo que sea exagerado señalar que si el Mediterráneo fue el mar sobre el que el mundo latino creó la idea de Europa, el Atlántico es, de hecho, ese nuevo *mare nostrum* que ha permitido a la nación americana consolidarse desde el final de la Segunda Guerra Mundial

como la nueva potencia occidental, y más recientemente, con la desaparición de la Unión Soviética, en único poder global; de este modo, la nación más joven adquiere la hegemonía que durante siglos recayó en el viejo continente. (Es cada vez más obvio que el dominio geopolítico para las próximas décadas parece desplazarse desde el Atlántico hacia el Pacífico, lo que posibilitará que Estados Unidos se mantenga en una posición dominante, aunque compartida con otras potencias. Es poco probable, sin embargo, que esas naciones asiáticas puedan sustituir a Estados Unidos en lo que se refiere a la producción de cultura de masas de alcance mundial).

La presencia de la cultura americana en España ha calado tan profundamente en los modos de vida y en casi todas las formas de producción cultural, muy en particular en los medios de comunicación (televisión, cine y todas las modalidades digitales), que es palmaria su *americanización*. Como varios de los participantes en *America, the Beautiful* explican, América forma parte integral no solo de nuestra cultura popular, sino también y progresivamente de la alta cultura. Yendo un poco más lejos sostengo, y son muchos los que estarían de acuerdo, que todos somos ya un poco americanos y que con nuestras prácticas cotidianas contribuimos a expandir ese estilo de vida. Fuera del *American way of life* —tan dominante en las naciones occidentales y en muchas otras regiones del planeta, con todas las variantes que se quiera— no se ha constituido todavía una alternativa lo suficientemente poderosa y atractiva que pueda hacerle frente o reemplazarla. Y en lo político, Estados Unidos se alza como defensa sólida ante fundamentalismos antidemocráticos de todo signo. También se puede argüir que Estados Unidos produce, por su lado, sus propios y particulares fundamentalismos. El debate sobre la cuestión, cimentado sobre posturas antitéticas de exaltación del sistema americano y denuncia de sus abusos, ha sido y promete seguir siendo uno de los puntos de confrontación ideológica más candentes en la España contemporánea.

No resulta arriesgado postular que debido a la progresiva incursión de la mentalidad americana en la vida cotidiana del ciudadano español, este haya adquirido gran familiaridad con sus formas de vida y prácticas culturales. Sucede pues que en muchos casos y sin ser del todo consciente, la sociedad española tiene como propias y autóctonas

manifestaciones que se generan en la orilla americana del Atlántico. El estamento social que se muestra más impermeable a esta influencia es el compuesto por personas nacidas antes de la mitad del siglo pasado que viven en zonas rurales, pero ni siquiera ellas son ajenas al fenómeno de la *americanización*. Debo añadir también que la presencia de la cultura hispana en Estados Unidos, con su pequeño pero valioso componente peninsular, es muy significativa. Según estadísticas de 2011, vivían en Estados Unidos más de 50 millones de habitantes que se identifican como hispanos o latinos. El español ha dejado de ser una lengua extranjera para alcanzar el estatus de segunda lengua, aunque no oficial, en amplias zonas del país. Y con la lengua van aparejadas costumbres y hábitos de todo tipo.

Estados Unidos, como productor por antonomasia de objetos de consumo de masas –objetos que instrumentalizan la relación del individuo contemporáneo con su medio–, se erige en generador de formas de entender la realidad y de las prácticas resultantes. Dicho núcleo estructurador transmite sus disposiciones, al modo de bendiciones laicas, *urbi et orbe*; aunque no lo hace ya desde un único espacio geográfico, como ocurre en el caso romano, sino desde prestigiosas sucursales investidas igualmente con la dimensión seductora de lo simbólico: Nueva York, Los Ángeles/Hollywood, Washington D.C., Orlando/Disney, Silicon Valley, Cupertino, Harvard, etc. Para abundar en esta observación acudo a una analogía especialmente significativa, aunque más mecánica y mediática (propia del periodo de apogeo de la radio y de la edad dorada del cine) que la vaticana. Como algunos lectores de esta introducción recordarán, el logo de la productora y distribuidora de filmes RKO, que precedía a todas sus películas (“An RKO Radio Picture”), era una torre de transmisión que, situada sobre Norteamérica, emitía unas ondas expansivas por todo el globo terráqueo. Algo semejante sucede con la diseminación de la cultura estadounidense por todo el planeta.

La idea de América como espacio excepcional en el imaginario europeo fue dominante desde el comienzo de la conquista y colonización. Sin embargo, solo en las últimas décadas ese *excepcionalismo* –que prácticamente nació con la nueva nación– ha venido a identificarse exclusivamente con Estados Unidos. Dicha idea se promueve

desde instancias interesadas como estrategia para la defensa de una preponderancia no siempre fácil de justificar. El concepto de nación elegida por la providencia está en la base de una ideología de superioridad que ha calado en muchos sectores de la vida social y política, así como en la psique colectiva del pueblo americano. Con el título de este volumen —obviamente no exento de ironía— se pretende recoger de algún modo el providencialismo estadounidense, concepto materializado en el poema “America” (1895), que compuesto por Katharine Lee Bates se transformó pocos años después en la canción patriótica “America the Beautiful”. Dicha canción se ha constituido de hecho en el himno no oficial del país, transmitiendo mayor carga emocional que el propio himno nacional. Su estribillo expone con claridad meridiana el ideario sobre el que se construye el mito fundacional:

¡Oh, Bella por los grandiosos cielos/por ambarinas olas de grano/  
por majestuosas montañas púrpura/sobre la planicie feraz! // ¡América,  
América/ Dios reparte Su gracia sobre ti/ y corona tu bondad con  
hermandad/ de mar a mar resplandeciente.

(O beautiful for spacious skies,/For amber waves of grain,/For  
purple mountain majesties/Above the fruited plain!/America! America!  
God shed His grace on thee/And crown thy good with brother-  
hood/From sea to shining sea!)

El nuevo país se proclama simbólicamente como nación elegida por Dios, y en consecuencia está dotada de una singular belleza y fecundidad extraordinaria al ser una prolongación de su hacedor. Se resalta la hermosura natural de América, una enorme extensión que va desde la orilla atlántica del continente a la pacífica. La alabanza de las bellezas naturales y cívicas del país y el canto hacia un futuro de progreso sin alteración de las esencias nacionales a través de los tiempos resuenan de modo poderoso en la constitución sentimental de la mentalidad estadounidense.

Como es de esperar, los artículos de este volumen se concentran en revisar críticamente el mito de “América, la bella”. Sin renunciar a exponer la influencia positiva y enorme poder de seducción de Estados

Unidos, en general contraponen a ese ideario de exaltación la dimensión de una América más real y “fea”, la de una potencia hegemónica con muchos capítulos históricos contrarios a sus ideales constitucionales; una nación consolidada sobre un modelo de vida que nivela, empobreciendo marcadamente, la variedad y diversidad de tantas otras culturas en beneficio de un modelo económico que se materializa en una todopoderosa maquinaria globalizadora.



Este libro se organiza en cuatro apartados, dedicados al cine, televisión y medios, a la literatura, a las artes, para concluir con las reflexiones de un pintor y dos novelistas sobre su experiencia americana. Román Gubern, nuestro más reputado especialista de la historia del cine, presenta en su trabajo el fascinante retrato del productor Samuel Bronston con su fecunda y a la postre fracasada aventura cinematográfica en territorio español. Se exponen los entresijos de una relación desigual entre la poderosa industria estadounidense y ese territorio “deslocalizado” en el soleado y barato sur que era la España de los años sesenta. El caso de la película *El Cid* (1961) le sirve a Gubern para profundizar no solo en las vicisitudes de una de las producciones estelares de Bronston, sino para repasar la recepción de la película por parte de la intelectualidad española. Los más cercanos al régimen la rechazaron por considerarla una apropiación *hollywoodense* que banalizaba un mito épico y fundacional de lo español al restringirlo a las convenciones del *western*. Algunos jóvenes cineastas de izquierdas quisieron replicar a su pompa glorificadora con una visión desmitificadora en otro proyecto alternativo nunca materializado. El intento por parte de Bronston de crear un “Hollywood español” se derrumbó debido al fracaso de sus últimas y ambiciosas producciones de cine histórico y a los cambios de gusto del público de la época.

Pilar Rodríguez estudia en tres películas de diferentes décadas la evolución de la identidad española a partir de su reflejo en una noción imaginada de la nación americana. En *¡Bienvenido Mister Marshall!* (1953), Estados Unidos aparece como un país ajeno y extraño del que solo se conoce lo que su cine retrata. Ese profundo abismo entre la po-

derosa nación americana, que facilitaba en esos años la recuperación de Europa con el Plan Marshall, y la anémica España de posguerra ya se ha superado en *La línea del cielo* (1983), cuya trama gira en torno a un fotógrafo madrileño que viaja a Nueva York para intentar dar un vuelco a su carrera artística. Sin embargo, su desconocimiento de la lengua inglesa y su anclaje en una identidad aún marcadamente peninsular le impide el éxito cuando está a punto de lograrlo. Isabel Coixet, con su *cine políglota* y conocimiento de primera mano del país americano, desarrolla en *Cosas que nunca te dije* (1996) una historia íntima protagonizada por unos jóvenes cuya identidad ya no está tan marcada por los rasgos caracterizadores de su país de origen. Estos, como tantos otros en todo el mundo, viven, gozan y sufren dentro de un magma social de perfiles menos definidos. Lo nacional ha dejado paso a lo global.

Por su lado, Helena Medina realiza un análisis detallado sobre la relación intrínseca entre la televisión americana y el público consumidor. Expone cómo desde los primeros tiempos de la televisión en Estados Unidos se instauró con éxito un modelo muy novedoso, el del “flujo televisivo” (*TV flow*), que fue analizado tempranamente por Raymond Williams, pionero de los estudios críticos sobre el medio. Lleva a cabo Medina un iluminador recorrido por el origen y desarrollo de cinco influyentes géneros televisivos: *soap opera*, ciencia ficción, terrealidad, *TV movies* y *sitcom*. En su repaso de la historia de los géneros de televisión americanos, con su posterior desarrollo en Europa, Medina defiende que, a pesar de las acusaciones de etnocentrismo y desdén hacia otras sensibilidades que frecuentemente recaen sobre los medios audiovisuales estadounidenses, estos tienen la habilidad de crear obras universales. Además, examina los efectos que la liberación de la televisión ha ejercido antes y ahora sobre los contenidos concretos de ficción televisiva y de su programación.

Mediante el estudio de unas obras emblemáticas escritas en español y en catalán por dos escritores barceloneses, el artículo de Carlota Benet Cros traza un pertinente enlace entre el cine y la literatura. Partiendo del concepto de “América, fábrica de mitos”, Benet explora la enorme capacidad de seducción que el cine clásico de Hollywood tuvo sobre la obra de Terenci Moix y Pere Gimferrer. La producción del



primero estuvo inspirada en el mito erótico de Marilyn Monroe y de otras estrellas del cine, mientras que el cine detectivesco o *negro* fue lo que más marcó la obra temprana de Gimferrer. En los años setenta y desde España, Moix y Gimferrer contemplaban con fascinación ese lugar imaginario que era la América encapsulada en ciertas películas y figuras “más grandes que la vida”. Lo hicieron con ternura y admiración sin límites, aunque sin duda el país objeto del deseo, más que una realidad, era una entelequia recreada desde la mentalidad de unos jóvenes excesivamente intelectuales pero con notables carencias de espíritu realmente cosmopolita.

Antonio Gómez López-Quiñones se concentra en una obra específica de un novelista tan influyente como Antonio Muñoz Molina. *Ventanas de Manhattan* le sirve para explorar el tema de la representatividad de Nueva York a partir de dos vías: la de la inmediatez y la del cosmopolitismo. Afirma Gómez López-Quiñones que en la obra de Muñoz Molina se ofrece la vivencia de la gran ciudad como una *experiencia* que invita a vivir el presente del objeto en el momento mismo de exposición a él, sin el filtro nostálgico de la rememoración. Analiza las implicaciones filosóficas (de raíz heideggeriana) del lenguaje como forma genuina de experiencia. Afirma que la figura del autor Muñoz Molina se elabora en su texto como un ser cosmopolita inmerso en el proceso de la globalización. Gómez considera críticamente la globalización como un proyecto cultural y económico de raíz estadounidense en donde la ciudad de Nueva York ejerce de centro simbólico.

Juan Francisco Ferré (que colabora en nuestro volumen como crítico y no como el influyente novelista que es) parte de la figura emblemática del *freak* –vocablo de difícil traducción que apunta a una mezcla de excéntrico y perturbado– para analizar la capacidad de atracción que la cultura popular americana (encarnada en Mickey Mouse o en Dolores Haze, *Lolita*) ejerce sobre la vieja cultura europea (ya sea Freud o el personaje de Humbert Humbert en la novela de Nabokov). La naturalización del *freak* como el gran (anti)héroe de nuestro tiempo corre paralela a la esterilidad europea frente a la fecundidad americana en producción de cultura de masas. En la segunda parte de su ensayo, hace un recorrido por un quinteto de narraciones paradigmáticas (Foster Wallace, Easton Ellis, Danielewski, Franzen y Lethem) de este

periodo de plena americanización del mundo, narraciones que proponen como retratos alegóricos de la realidad americana. América somos todos, está en todas las pantallas, y en su escenario se dirimen los conflictos esenciales del siglo XXI, concluye Ferré.

En mi propia aportación al volumen trazo los perfiles genéricos de la novela de temática universitaria, definida por la crítica anglosajona como “novela académica” o “novela de campus”. Este subgénero, en su vertiente española, explora generalmente el choque cultural y la difícil o imposible adaptación al nuevo medio de unos protagonistas que marchan a universidades americanas a realizar estudios doctorales o a enseñar español como lectores o profesores. Este tipo de novela suele examinar el tema de la distancia y el desconcierto que experimenta un angustiado europeo/español en su contacto con el mundo académico y con la sociedad estadounidense. La actitud psicológica de los personajes suele ser de fascinación ante la nueva realidad que experimentan, a la que se contraponen un profundo sentimiento de rechazo y repulsión por los aspectos más insólitos de la cultura norteamericana. Me concentro para este estudio en las novelas de Javier Cercas *El inquilino* (1989) y *La velocidad de la luz* (2005), y en *Un momento de descanso* (2011) de Antonio Orejudo, obras que terminan siendo tan críticas o más con la propia universidad española –de la que sus autores forman parte como profesores– que con la americana.

En la sección dedicada a las Artes, Ana Merino ofrece un panorama de la evolución del cómic en España y de su deuda y diálogo con el cómic internacional, principalmente estadounidense. Ello le permite explorar en detalle la presencia de la cultura de masas americana en el imaginario español dentro de esta parcela tan influyente de las artes gráficas (tebeo, cómic, novela gráfica). El comienzo de la producción de cómic autóctono inspirado en el cómic *underground* estadounidense o *comix* –durante los años setenta– marca la mayoría de edad simbólica del cómic español, que finalmente se separa de la vertiente más popular y “para todos los públicos” del tebeo. Merino estudia figuras como Max, que sustentó su trabajo artístico en tramas contraculturales de inspiración estadounidense. Examina el trabajo de Gallardo y Mediavilla, los autores del famoso *Makoki*, que se impregnaron asimismo de las temáticas del *comix*. Nazario Luque, una de las figuras

clave de la Barcelona alternativa de la época, fue probablemente el artista gráfico más atrevido y rupturista, ya que partiendo de parámetros estéticos de la homosexualidad gay los inserta dentro de una hispánica iconografía religiosa. Merino afirma que la obra de estos artistas adquiere voz propia en el reflejo de la producción estadounidense.

Alberto Medina explora los perfiles del sistema de arte actual a partir de dos exposiciones “oficiales” de arte español realizadas en Nueva York para diseminar una visión determinada de arte nacional dentro de un contexto global. En el “Spain Art Fest 2010” celebrado en la plaza de Times Square, es decir, fuera del espacio monumental del museo, se impone una lógica de circulación que favorece la dispersión identitaria. El motivo para esta estrategia de exhibición no es otro que el de intentar exponer cómo los doce artistas representados pueden establecer un diálogo más efectivo con el público contemporáneo. El relevante interludio sobre la evolución urbana y arquitectónica de Times Square, tan certeramente desarrollado por Medina, sirve para iluminarnos sobre el simbolismo que va aparejado con el acto de elegir este emplazamiento para cualquier evento público. En contraste con “Spain Art Fest 2010”, Medina reflexiona sobre una exposición de 2004, *The Royal Real Trip*, realizada, esta sí, en un espacio museístico. Aquí ve el autor un intento de restauración de la monumentalidad nacional propia de las exposiciones que sobre arte español organizan los grandes museos. Se infiere del ensayo que los estamentos oficiales del arte español —así como muchos artistas individualmente— buscan legitimidad para sus productos en la ciudad que se considera centro del mercado global, que sigue siendo desde hace décadas la urbe neoyorquina.

El apartado de testimonios lo inicia Félix de la Concha, que hace un repaso desde sus comienzos como pintor en Santander, su paso por Madrid y Roma, y posterior desarrollo de su carrera en Estados Unidos, en donde vive desde hace más de quince años. Reflexiona sobre la categoría de pintor “local”, a la que conecta con su método de pintura al aire libre o del natural. Para la práctica de su “antirrealismo fotográfico”, De la Concha necesita estar situado delante del objeto (la pintura al aire libre siempre está localizada). Repasa sus proyectos americanos a los que conecta con los diferentes lugares en donde ha vivido: *A*

*Season from Each Corner* (Columbus, Ohio), *One a Day. 365 Views of the Cathedral of Learning* y *A Contrarreloj. A Race Against Time* (Pittsburgh, Pensilvania), *Fallingwater en Perspectiva*, sobre la Casa de la Cascada del arquitecto Frank Lloyd Wright, también en Pensilvania; más otros realizados en Nuevo Hampshire y más recientemente en Iowa. Concluye examinando su proyecto *Las Meninas con una luz artificial*, su particular homenaje a un maestro recibido vía digital. En todo su trabajo, Félix de la Concha se ve a sí mismo como un *loco* de la pintura enfrentado a una América que ante sus ojos siempre es más local que global.

Partiendo de una anécdota personal sobre la coincidencia casual con un famoso actor en un restaurante de Nueva York, Agustín Fernández Mallo desarrolla su particular teoría de América, cuyo espacio y mitos ha formado parte de su mundo narrativo desde sus comienzos como escritor. Mickey Rourke, al igual que América, se expande espacialmente como intentando escapar de una cultura de origen europeo que lo oprime. Aunque el motor de la cultura norteamericana, sugiere Mallo, reside en la fe en las diferentes formas que adopta el tiempo como instrumento de progreso, el mito fundacional es el espacio. La necesidad de alcanzar nuevos territorios se convierte en marca de identidad del país americano. Al llegar a la última frontera física, América crea la tecnología necesaria para modelar ese nuevo espacio que habita en el territorio de la imaginación. Con ecos baudrillardianos, afirma el novelista que la maqueta supera al original y concluye con una provocadora analogía sobre la carretera como materialización del mito del espacio.

El novelista e intelectual mexicano Pedro Ángel Palou presenta un alegato implacable contra América, casi un *manifiesto* que no deja de ser –tal vez a su pesar– un particular homenaje a este país que aunque ya no recibe a los escritores latinoamericanos como hizo un día con las figuras del *boom* aún sigue abierto para muchos de ellos. Sus perspicaces y descarnadas reflexiones reproducen esa inherente paradoja –lo cual viene a apuntalar la idea germen de este libro– sobre la que parece asentarse todo acercamiento cognoscitivo a la idea de América. Palou, consciente de la influencia real de la población de origen hispano en Estados Unidos, contempla con desolación que dicha influencia no se

plasma en una presencia significativa de la literatura en español en las cadenas de difusión de cultura para las masas, letradas y no tanto (por ello, el escritor hispano hoy es un migrante más). En un mundo donde solo se consumen “secuencias de sentido que producen movimiento”, el hispano o latino exhibe su anonimato. Ello le hace ser candidato para entrar a trabajar en el “gran circo” que un europeo visionario como Kafka consideró la alegoría adecuada para definir ese país que, sin haber visitado nunca, consideró como el escenario donde se desarrollarían los dramas de la vida occidental.

En resumen, este libro de muchas voces –tocadas todas por su contacto con Estados Unidos– aspira a profundizar desde la particular perspectiva hispánica en ese espacio real y simbólico que es *América*, país y entidad que se expande por todo el planeta sin preocuparse de fronteras. Si este volumen contribuye a generar más debate productivo sobre la cuestión, habrá cumplido su objetivo.

*En Hanover-Nuevo Hampshire, octubre de 2013*